



MÚSICOS INMIGRANTES venezolanos y estudiantes de música colombianos crearon la Orquesta Sinfónica Juvenil para promover la integración.

Con orquesta, venezolanos y colombianos unen fuerzas

Los músicos y coralistas venezolanos y colombianos ultiman detalles. Algunos tocan de día en el transporte público o en las calles de Bogotá; otros son repartidores, vendedores de comida o estudiantes. En horas todas serán artistas.

El centenar de concertistas afina con esmero los instrumentos: oboes, violines y percusiones, cuyos sonidos de a poco calientan la fría sala de ensayo en la capital colombiana.

Para los inmigrantes venezolanos, el primer concierto de la recién fundada Orquesta Sinfónica de la Juventud es una oportunidad de reconectarse con la melodía que dejaron al escapar de un país en crisis.

Para los colombianos, una ocasión para aprender de músicos fogueados.

“Hemos decidido montar esta fundación por el desarrollo musical de todos los jóvenes inmigrantes de Venezuela y por los estudiantes colombianos que están acá, que de una manera u otra no contaban con un espacio para hacer una práctica musical”, explicó Eduardo Ortiz, presidente de la Fundación para la Integración Musical de Colombia.

Sordo de nacimiento y destacado violinista, este venezolano de 29 años es la cabeza visible del incipiente proyecto que busca brindar una nueva vida musical a los inmigrantes e integrarlos con sus pares colombianos.

“Las calles de Bogotá están completamente desbordadas de músicos profesionales que vienen de Venezuela. En cualquier lugar los encontraban porque ese era su trabajo, tocar en la calle. Esa es una parte de la vulnerabilidad que queremos

atacar, ‘limpiar’ todas las calles de Bogotá y ofrecerles un espacio digno para hacer música”, agregó.

La iniciativa surgió el 17 de septiembre y cuenta con donaciones de empresas colombianas. En solamente diez días logró fijar su primer concierto en un auditorio del centro de Bogotá y espera seguir creciendo con aportes de particulares y del gobierno.

LLANTO MUSICAL

Jair Acosta, de 33 años, es uno de los percusionistas. Hace cuatro años administra un restaurante de comida venezolana en Bogotá, pero durante tres lustros viajó por el mundo con la Orquesta Sinfónica Simón Bolívar B, dirigida por su compatriota Gustavo Dudamel.

Cuando empezó a sentir los primeros coletazos de la profunda crisis económica en Venezuela tuvo que abandonar la agrupación y salir hacia Colombia, como otros 1,4 millones de venezolanos que llegaron a la nación vecina en los últimos años, según autoridades migratorias.

Aún tiene vivo el recuerdo de su última presentación. Fue en 2015, en Nueva York, donde tocaron la Sinfonía Turangalila del compositor francés Olivier Messiaen. “Lloré casi todo el concierto porque sabía que era el último que iba a tener con mi orquesta”, recuerda.

Ahora toma aire y se prepara para volver. “Va a ser muy emotivo. Si todos estamos como se mostró en el ensayo, muy conectados, se va a ver reflejado en el concierto”.

En la práctica algunos hacen videollamadas para que sus familiares en Venezuela escuchen la música. El celular lo sitúan, cuidadosamente,

en la mitad de sus partituras. Otros arriman contra la pared la mochila naranja fosforescente de la empresa Rappi, con la que se ganan la vida haciendo repartos por la ciudad.

INTEGRACIÓN

La mayoría de los colombianos son aprendices de músicos. Trece profesores venezolanos les comparten de forma gratuita su conocimiento y experiencia.

Sara Catarine carga con 30 años de carrera como soprano. Cruzó la frontera hace casi tres años porque el dinero no le alcanzaba para alimentar a su hijo, enfermo de leucemia. Obtuvo un puesto como tutora de canto lírico en la Universidad Central de Bogotá y ahora acompaña a los 34 coralistas del show.

“Ver que una persona solo pueda hacer una comida al día por tocar en la calle o cantar es algo inadmisible”, reclama esta mujer de 55 años.

Finalmente, al término del emotivo concierto, en el auditorio de la Universidad Jorge Tadeo Lozano de la capital, un grupo de asistentes ondeó una bandera de Venezuela en el escenario en el que se exhibieron los jóvenes talentos ante unas 200 personas.

El director Ortiz asegura que no solamente busca impulsar un proyecto musical sino que quiere que su fundación trascienda y sea ejemplo de la integración de diferentes nacionalidades en tiempos de brotes de xenofobia.

“Al comienzo fue un poco difícil, (fue) como encontrarse con una pared”, dice la fagotista colombiana Paula Gil, de 20 años, sobre los primeros trabajos con los músicos venezolanos.



EL CIENTÍFICO israelí Ilan Samish, fundador de la compañía Amal, exhibe una muestra de una proteína que desarrolló.

Israel busca luchar contra la adicción al azúcar con innovación

TEL AVIV (AFP)

Ilan Samish moja una patata frita en salsa de tomate, da un sorbo a su soda y una cucharada de su yogur, tres alimentos azucarados gracias a una proteína que él mismo desarrolló.

Este científico, de barba finamente recortada, dejó su carrera universitaria para fundar una empresa llamada Amal-dulce, en japonés-, que busca resolver uno de los mayores problemas de salud: la adicción al azúcar.

Para ello, adaptó una proteína a las altas temperaturas que se usan en la industria alimentaria y la hizo fermentar con levadura. El resultado es una proteína no modificada genéticamente y compuesta de 20 aminoácidos que puede utilizarse para edulcorar alimentos y bebidas sustituyendo o disminuyendo parte de los glúcidos.

En 2016, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), el 40% de la población adulta mundial tenía sobrepeso, en parte gracias a un exceso de azúcar. La diabetes, las enfermedades cardiovasculares o el cáncer son algunas de las consecuencias del mismo, que reducen la esperanza de vida.

“Encontré una tecnología que puede ayudar a resolver el mayor problema de la humanidad”, cuidando “la alimentación más que las enfermedades derivadas de ésta”, declaró orgulloso Samish, en una conferencia organizada en Tel Aviv llamada FoodTechLL.

Decenas de empresas emergentes especializadas en campos como la distribución de azúcar natural, complementos alimentarios, innovaciones

agrícolas o del agua y la seguridad alimentaria se dieron cita en este salón, tratando de abrirle el apetito a unos 1.500 visitantes.

PUNTEROS EN ‘FOOD TECH’

En los últimos años, Israel ha tratado de conquistar a la ‘Food Tech’, la tecnología alimentaria.

El país cuenta con unas 500 empresas del sector de la innovación agroalimentaria, según Eugene Kandel, expresidente del consejo económico nacional israelí y dirigente de la oenegé Start-Up Nation Central. Una particularidad que, según él, se debería a una sólida experiencia en agronomía y en gestión de datos.

“La innovación israelí cambió”, según Kandel, que apuntó a la reducción de las amenazas contra la seguridad de Israel y permitió que las industrias empezaran a explorar otros sectores, como la agricultura, la alimentación o la salud.

A Tel Aviv acudieron gigantes como Mondelez International, especializado en galletas y chocolates y propietario de marcas como Lu, Milka o Toblerone.

“Debemos trabajar en asociación con empresarios israelíes para reducir el azúcar” y “aportar los nutrientes deseados por los consumidores”, dijo Gil Horsky, director de innovación del grupo.

“La próxima tendencia no es la ‘high tech’ sino la ‘food tech’”, señaló Samish, quien espera que su producto se acabe fabricando en grandes cantidades para ser vendido por los gigantes de la agroalimentación en un plazo de dos años.

Seis astronautas se entrenaron en una cueva eslovena para conquistar el espacio

Eslovenia (AFP)
Seis astronautas decidieron cambiar el traje espacial por un equipo de espeleología y el espacio exterior por los precipicios, y se adentraron en las entrañas de una cueva eslovena, un universo tan exigente como el cosmos.

“Uno bien puede haber efectuado decenas de salidas en estado de ingravidez, pero entrar en las profundidades de la tierra sigue causando aprensión: en una cueva, se tiene miedo de caer cada día”, admitió el veterano de la Nasa Joe Acaba, de 52 años, tras su paso por las cuevas de Divaska Jama, en el oeste de Eslovenia.

Las cuevas de Eslovenia son unas de las principales atracciones turísticas de este pequeño país de la antigua Yugoslavia. Para los astronautas, también son un terreno de entrenamiento excepcional, “un medio terriblemente difícil, diferente y arriesgado”, explicó Loredana Bessone, encargada de un programa de formación de la Agencia Espacial Europea (ESA) para estas misiones subterráneas.

Seis astronautas vieron la luz tras haber pasado seis días dentro de

las oscuras y parcialmente inundadas cuevas del karst esloveno, con temperaturas de entre 6 y 10 grados y una tasa de humedad del 100%. Un entorno ideal, según la ESA, para poner a prueba a los hombres y mujeres llamados a explorar el espacio.

“Vivir en una cueva es muy parecido, mentalmente, a vivir en el espacio. De hecho, creo que fue mucho más difícil que vivir en el espacio”, declaró el astronauta japonés Takuya Onishi, de 43 años.

Era la sexta vez, desde 2011, que la ESA llevaba a los astronautas bajo tierra, pero la primera que lo hacía en Eslovenia, en un lugar inscrito en el patrimonio mundial de la Unesco.

Las últimas misiones se habían llevado a cabo en Cerdeña. En esta ocasión, participaron dos estadounidenses, un canadiense, un ruso, un alemán y un japonés.

CUEVANAUTAS

Los ‘cuevanautas’ fueron formados durante dos semanas en el ámbito de la espeleología antes de adentrarse en la cueva, con varios objetivos: cartografiar la red de cavidades

y lagos subterráneos, recabar datos científicos y entrenarse en un entorno particularmente desconcertante.

“El objetivo es que trabajen en equipo y saquen adelante un proyecto en un medio muy complejo”, explicó Francesco Sauro, responsable científico del proyecto CAVES de la ESA.

Al astronauta Alexander Gerst, el silencio y la oscuridad de las profundidades le impresionaron tanto como el del cosmos. Dentro de la cueva se siente uno “privado de cualquier simulación sensorial, fuera de la zona de confort”, comentó el alemán, de 43 años, que ha efectuado dos misiones en la Estación Espacial Internacional.

“Uno se pasa medio día caminando por túneles y cuando desanda el camino no reconoce nada, pues solo ve las cosas a través del haz de luz de su linterna frontal”, agregó.

“Para mí, el desafío más grande fue descender por un túnel vertical de 200 metros de altura”, dijo por su parte el veterano Joe Acaba.

UN PLANETA ÚNICO

A pesar de estas condiciones



EN ESLOVENIA UN GRUPO DE seis astronautas se pusieron a prueba para futuras misiones espaciales, para ello se adentraron en las profundidades de una red de cuevas frías, oscuras yfangosas.

extremas, su colega de la Nasa Jeanette Epps, confesó que, cuando les tocó abandonar la cueva, se sentía más bien triste.

“Pero luego levanté la vista y... era magnífico”, explicó la astronauta de 48 años.

A su salida, el japonés Onishi reconoció que sus preocupaciones eran mucho más mundanas. “Francamente, me sentía un poco incómodo porque no sabía en qué medida yo oía mal, tras seis días de vida dentro de una cueva”.

“Estaba contento de ver a la

gente en la superficie, pero intenté mantenerme alejado de ellos”, bromeó, riendo.

“¡Volveremos el próximo año!”, afirmó Loredana Bessone, quien indicó que astronautas de todo el mundo quieren participar en el programa.

Y aunque la dimensión científica de la aventura cautivó a Alexander Gerst, el regreso a la superficie fue una experiencia igual de intensa. “Uno se da cuenta de que nuestro planeta es muy especial, único en el espacio”.